

LA UNIVERSIDAD PÚBLICA: PROBLEMAS, RETOS Y DILEMAS

Marcos KAPLAN

Una larga serie de problemas y conflictos han afectado a la Universidad Nacional Autónoma de México, como a otras universidades públicas de América Latina. Ellos han intensificado y profundizado, de varias maneras y con diferentes grados, un debate de larga *data* sobre la Universidad pública-nacional, como primera institución de educación superior, ciencia y cultura de México. En diferentes aspectos y niveles, y con variables alcances, el debate se refiere a la naturaleza, las funciones y las tareas de la Universidad y su crisis, en sus contextos nacionales e internacionales. Por lo mismo debe referirse ineludiblemente al proyecto nacional de desarrollo y al proyecto universitario, en la medida que existen, y a sus interrelaciones y sus crisis.

Las cuestiones centrales a este respecto son: ¿qué Universidad se quiere y se busca?; ¿para el logro de que fines, por el uso de cuales medios, y con el desempeño de que funciones y papeles?; ¿para qué tipos deseables de sociedad y Estado?; ¿en relación con que proyecto nacional y con que camino y estilo de desarrollo?

La definición de la esencia y la atribución de la misión de la Universidad para el desarrollo general integral del país, y para el avance de la cultura, de la ciencia y la educación superior, requieren tener en cuenta los rasgos y funciones que le han sido y le deben ser consustanciales, a partir y a través de su evolución histórica.

Una visión de la Universidad surge y evoluciona originariamente en el mundo euro-occidental-atlántico de la Baja Edad Media y los comienzos de la Modernidad, se proyecta luego mundialmente y, con modalidades específicas, es incorporada, a los desarrollos históricos de México y demás países latinoamericanos, que la adaptan y transforman en función de sus realidades, caracteres y requerimientos.

La Universidad es resultado y parte del progreso general de la Modernidad, que desde la Baja Edad Media y durante varios siglos se despliega en Europa Occidental en los contextos configurados por la emergencia y avance del Estado nacional, el capitalismo, la industrialización, los conflictos de clases, grupos e instituciones, los cambios y conflictos cultural-ideológicos y políticos, la democratización (como totalidad compleja y como proceso), internacionalización de la economía y el sistema político interestatal.

Pese a la diversidad y complejidad de sus factores y componentes, nunca llega la Universidad a ser mero reflejo o producto de otras fuerzas y estructuras, ni simple instrumento de una clase, institución o poder. A la inversa, tampoco ha sido mera sede de un saber desencarnado, de una especulación abstracta, de una producción y distribución rutinarias de conocimientos, ni de una libertad académica renuente a cualquier compromiso, al margen de fuerzas, dinámicas y situaciones históricas concretas.

A través de condicionamientos de todo tipo, la Universidad se ha ido desarrollando y actuando con el control y en favor de élites dirigentes y grupos dominantes, pero también bajo la presión y la influencia de grupos intermedios, subalternos y dominados. Ambos elementos y movimientos polares han estado presentes y han operado bajo la forma de relaciones contradictorias de la Universidad con una amplia gama de fuerzas y estructuras, de conflictos y procesos de la sociedad y del Estado, incluso elementos en emergencia, más o menos espontáneos, imprevistos y creadores. Como resultante, la Universidad ha evolucionado en el tiempo, en cuanto a la definición de su naturaleza, de sus fines y medios, de sus funciones y papeles; al grado y al contenido de su autonomía y de su universalismo; a la pluralidad contradictoria y con frecuencia conflictiva de sus posibilidades y de sus resultados.

La ambigüedad inherente se ha ido revelando a partir y a través de su implicación en los grandes conflictos socioculturales, ideológicos y políticos, en su periplo europeo-occidental y en su trayectoria latinoamericana y mexicana. Así, la Universidad ha podido identificarse o ser identificada como sede del conservatismo y el tradicionalismo, o de la modernización, la innovación y hasta la insurgencia (reformista o revolucionaria); con la defensa y legitimación del orden y los poderes, o con su crítica e impugnación; con el oscurantismo y el irracionalismo, o con la racionalidad, la ilustración y la emancipación (individual y colectiva).

Ello ha podido imponer a la Universidad y a muchos de sus miembros, especialmente en ciertos países y momentos, la predisposición en favor del autocuestionamiento; en contra del tradicionalismo, del autoritarismo y de la especialización parcelante y deformante, y en *pro* de la búsqueda del desarrollo integral del individuo y de la comunidad para una vida mejor y un progreso de la sociedad y la historia. De allí otra vez la relación necesariamente contradictoria y ambigua entre la Universidad y sus intelectuales, la conciencia crítica y la cultura, por una parte, y por la otra, la sociedad y algunos de sus principales grupos, el sistema político, el Estado y su soberanía.

El modelo o prototipo originario de Universidad se proyecta mundialmente y se incorpora —con adaptaciones, reajustes y desarrollos propios— en México y los otros países de América Latina, interiorizado por sus sociedades y culturas, con el desarrollo de una historia propia, con sus especificidades y capacidades, sus logros y sus frustraciones.

Prototipos y procesos de desarrollo, Estado, democracia y Universidad han compartido ciertas características esenciales. Han surgido como resultado de influencias y presiones provenientes del exterior, o de adecuaciones a ellas y, como tales, siempre han intentado adaptarse y han estado en retraso respecto a condicionantes externos en movimiento. Han sido modelos anticipatorios respecto a las precondiciones que deberían haber tenido y a los contenidos y resultados que prometieron o pretendieron lograr. En sus primeras fases de desarrollo México, —como los otros países latinoamericanos—, no ha tenido, del todo o en grado suficiente, y en su caso no de manera perdurable o irreversible, las versiones locales o las variedades equivalentes del Renacimiento y la Reforma religiosa, del Siglo de las Luces, del desarrollo capitalista y la burguesía independiente y conquistadora, de democratizaciones amplias y profundas, de Estado de derecho, ni por consiguiente los múltiples entrelazamientos y proyecciones de todo ello.

A estas carencias históricas acumulativas se agrega el hecho que el modelo implantado de Universidad se aplica en condiciones de universalismo restringido, con limitaciones y carencias notorias. En un sistema educacional que se constituye como pirámide invertida, la educación superior precede a la educación secundaria y a la primaria que, según una racionalidad lógica y científico-técnica deberían haber precedido a las primeras o, por lo menos, haber sido sus concomitantes y paralelas.

Como la modernización general, la Universidad ha sufrido siempre una brecha o distanciamiento entre lo que pretende y en parte logra ser, y la realidad de la que es resultado y parte y a la que de algún modo intenta contribuir a transformar. El macrocosmos de la economía, la sociedad y el sistema político-estatal, y el microcosmos de la Universidad, sus interrelaciones e interacciones, han pasado por tres, o quizás cuatro, grandes crisis.

Una *primera crisis* se da en el tránsito de la Colonia a la Independencia y a la Organización Nacional. Las adaptaciones y los cambios inevitables de la Universidad tradicional se producen, por una parte, en función de la nueva inserción en el orden mundial bajo nuevas hegemónicas; de las exigencias y posibilidades de una nueva división internacional del trabajo bajo el signo de la Primera Revolución Industrial y de la economía mundial capitalista. Se producen, por otra parte pero en interpelación con lo primero, respecto al camino y estilo elegidos de desarrollo agrominero-exportador; a las formas de crecimiento dependiente y modernización superficial; a una sociedad polarizada y rígida; al sistema político-estatal de tipo elitista-oligárquico.

A esta etapa y su crisis corresponde una Universidad insuficiente y desigualmente desarrollada, aislada y tradicionalista, restrictiva en sus enfoques, tendencias y prácticas, insatisfactoria en su humanismo y en su componente científico, en su productividad y su eficiencia, más conservadora y meramente reproductora que creativa e innovadora.

Los síntomas y componentes de esta *primera crisis* se vinculan con la lucha entre grupos liberales y conservadores, demócratas y elitistas-oligárquicos, centralistas y federales, y entre formas y prácticas tradicionalistas-dogmáticas, por una parte, y modernizantes, racionalistas y democratizantes, por la otra, divergencias y conflictos entre estas fuerzas y tendencias se dan en todos los niveles y aspectos de la realidad y el desarrollo, y también específicamente en la educación, la investigación científica y la innovación tecnológica, las prácticas profesionales; en derecho, medicina, ingeniería, y en historia y las formas larvadas de economía, sociología y ciencia política. Esta fase de crisis y reajustes se va dando sobre todo en el mediano y largo plazo, pero tienen además momentos significativos o culminantes.

Inaugurada en vísperas del desplome del Porfiriato, la Universidad Nacional de México comienza por reflejar algunas de sus características,

tendencias y contradicciones. En su creación, conformación y modos de funcionamiento, convergen el positivismo (Justo Sierra); el espiritualismo (Ateneo de la Juventud; Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña); el elitismo conservador-modernizante (científicos); el sentido laico, nacional y público; el autoritarismo y la libertad de pensamiento; el prototipo alemán y el francés. De la Universidad se espera la nacionalización de la ciencia y la universalización del saber, la atención a las necesidades de la sociedad, la promoción del crecimiento económico y el desarrollo cultural de la nación, la formalización y la coordinación de las “directrices del carácter nacional”, y también su instrumentación como emblema y ornato del régimen porfirista.

Esta creación institucional cabalga entre la *primera crisis* y una *segunda crisis* que es parte de una fase de transición dada en los principales países de América Latina, con especificidades para México. La misma corresponde ante todo a las transformaciones de los centros desarrollados y del sistema internacional, con la Segunda Revolución Industrial y Científico-Tecnológica, las grandes luchas por la hegemonía mundial, la decadencia de Europa y el ascenso de Estados Unidos, Japón y la URSS. Corresponde también, en México y América Latina, a las evidencias de insuficiencia y estancamiento del camino y estilo tradicionales de desarrollo; a la ampliación y profundización de los cuestionamientos y conflictos sociales e ideológicos; al aumento y diversificación de los actores, prácticas y productos culturales; a una primera ola de impugnación al régimen elitista-oligárquico, y a cierta democratización entre formal y real en el sistema político y el Estado. La transición se ejemplifica en las especificidades nacionales, con los gobiernos de clases medias (el battlismo en Uruguay, el radicalismo en Argentina, el alessandrismo en Chile); la Revolución mexicana; en Brasil con el surgimiento y crisis de la República oligárquica, el movimiento de los tenientes y el ascenso y triunfo del varguismo; la Reforma Universitaria; el surgimiento y avance de la Alianza Popular Revolucionaria (APRA) peruana.

En México, la transición corresponde al desencadenamiento y triunfo de la Revolución de 1910; a la constitución de una nueva elite político-administrativa; a la emergencia de nuevas clases (burguesía, capas medias, trabajadores urbanos); a la redefinición de la hegemonía en lo interno y de las relaciones con las potencias; a la construcción del Estado y del sistema político posporfirista; a las alternativas conflictivas en la

definición de las nuevas estructuras y del sistema de poder, así como de las opciones que configuran un camino y estilo de desarrollo, y de las reformas previas o constitutivas de las nuevas orientaciones.

Manifestación específica de esta fase es, en los principales países de América Latina y en México, el movimiento de Reforma Universitaria que, en sí mismo, en sus logros y proyecciones, pero también en sus limitaciones, representa un replanteamiento en la concepción de la naturaleza y de las funciones de la Universidad, de su organización y de sus modos de operación, de sus tareas y de sus relaciones con el Estado, el sistema político y la sociedad, y el camino de desarrollo. Más particularmente, la Reforma Universitaria se identifica con un cambio significativo en el reclutamiento y la formación de elites públicas y privadas (cultural-ideológicas, socioeconómicas, políticas, burocráticas). A la vez productor y co-productor de la crisis general y de la crisis de la institucionalidad educativa, intento de respuesta y de solución a las mismas, la Reforma introduce cambios considerables en la Universidad misma, pero se proyecta además hacia el ámbito político; por ejemplo, en el partido oficial y en los intentos de construcción de otros partidos, en el sindicalismo, en la definición y ejercicio de las funciones culturales e ideológicas del Estado

Desde 1910 y por varias décadas, la Universidad Nacional se ve arrastrada a un torbellino de procesos y conflictos, en el periodo revolucionario y en el que le sigue. Sobre todo desde 1920 hasta 1945, se da una etapa de relaciones, contradictorias e incluso conflictivas, entre la Universidad y el poder político. De 1945 hasta la década de 1960 se configura una fase de estabilización y armonización relativas de las relaciones que —como se— desembocará en una *tercera crisis* a veces latente, a veces abierta, de todas maneras quizás endémica, de la cual el actual el reciente conflicto, es el último avatar.

La Universidad Nacional ante todo, y el sistema de educación superior en su conjunto, han conocido en los últimos decenios una expansión y una diversificación considerables, con realizaciones y éxitos, pero también con restricciones y desajustes, retos y crisis. Unos y otras se originan y realimentan, se acentúan y proyectan por la acumulación de viejas y nuevas demandas.

Las demandas resultan —directa e indirectamente— del entrelazamiento de dinámicas internas y externas. En lo externo, es la constelación

constituida por: la concentración y polarización del poder a escala mundial; la mutación en los centros desarrollados que se identifica con la Tercera Revolución Industrial-Científica; la emergencia y avance de un nuevo patrón de acumulación y de un nuevo paradigma tecnológico-productivo; el creciente avance y predominio de la transnacionalización; la Nueva División Mundial del Trabajo (NDMT). Esta constelación de fenómenos y procesos trae aparejadas exigencias de reubicación de México y de América Latina en un sistema internacional de interdependencia asimétrica, en acelerada evolución y complejización creciente.

Por otra parte, en lo interno, la nación se ve afectada por las vicisitudes, los requerimientos y los costos de un desarrollo desigual, cada vez más reducido al crecimiento y modernización de tipo neocapitalista-periférico, los correspondientes y entrelazados cambios y conflictos sociales y políticos de todo tipo. Aquellos convergen para afectar la situación y posibilidades de la Universidad Nacional y de la educación superior en conjunto, en México (y América Latina), y las de la cultura, la investigación y la innovación.

La Universidad Nacional de México y América Latina se expanden y diversifican. Se acumula demandas, responsabilidades y tareas; transita de la educación superior para minorías, a otra marcada por la masificación y las crecientes restricciones en los recursos y posibilidades, y por tensiones y conflictos de todo tipo. La Universidad se autodesarrolla hacia dentro y se proyecta hacia la sociedad, la cultura, el sistema político; va acumulando funciones y poderes.

En este contexto y dentro de este proceso, de manera en gran medida espontánea y de hecho y sin plena conciencia de ello, la Universidad multidimensional y multifuncional se ha ido constituyendo y desarrollando como poder, polo productor y eje difusor, en términos a la vez culturales, científicos, ideológicos, sociales, y políticos. Adquiere y desarrolla la capacidad de contribuir a producir y de garantizar condiciones de relativa autonomía y de libertad académica. Ello se da en varias dimensiones fundamentales y en sus entrelazamientos.

En primer lugar, la Universidad se concibe y actúa según un ideal educativo o *paideia*, un poder espiritual de papel emancipador. Se asume como sede de la razón, de la búsqueda de la verdad por una comunidad de cultura que forman maestros y estudiantes, mediante la investigación, la innovación, la producción y difusión de conocimientos y cultura, la

formación de intelectuales, profesionales y especialistas, la elaboración de elementos y modelos culturales e ideológicos. La Universidad en parte se propone y en parte logra, por su mera existencia y sus influencias directas e indirectas, la formación de personalidades inteligentes, autónomas y creativas, capaces de conocimiento y desarrollo, para el logro de alguna variedad de sociedad deseada, no realizada, pero esperada y posible.

En su papel de emancipación intelectual y moral, la Universidad se reafirma como espacio de libertad, de humanismo y universalismo, con una doble dimensión de autonomía y de libertad académica. Al reconocerse y ser más o menos reconocida como poder espiritual y cultural la Universidad crea y expande su propio espacio de libertad, y va siendo condicionada por su propio universalismo. Salidos de clases y grupos diferentes, profesores y estudiantes tienden a pensar, a enseñar, a investigar, a aprender, en función de una conciencia racional y científica y de un pensamiento crítico, en potencial o efectiva contraposición y hasta conflicto con ideologías dominantes, discursos y patrones tradicionales y rígidos. Esta tendencia va siendo retomada y reforzada, en grados variables y hasta cierto punto, por los proyectos de poder de diferentes grupos intelectuales, y por la conversión de la Universidad en un fenómeno de masas y en una arena y actor de la política.

En estos y otros aspectos, la Universidad contribuye a producir y a reforzar una actitud de distanciamiento, de examen crítico, de análisis, respecto a la naturaleza, a la sociedad y al Estado. Difunde actitudes y prácticas de interrogación, de disidencia o de rechazo respecto a todo lo que sea cultura tradicional, sacralizada, represiva o conformista. Representa una oposición virtual o efectiva al congelamiento y la esclerosis a resultas del autoritarismo, el dogmatismo y el sectarismo.

En segundo lugar, y a la inversa, el ideal universitario no puede sino encarnarse y desplegarse en formas reales, bajo los condicionamientos y determinaciones de la sociedad y del Estado. No puede surgir ni existir sino como institución que forma parte de un sistema educacional que debe reconocer una gama de demandas culturales, sociales y político-estatales, los correspondientes fines y funciones, y admitir límites, todo ello provenientes de los principales actores, niveles y aspectos del sistema.

Ante todo, en tercer lugar, la Universidad es siempre parte del proceso de reproducción y cambio sociales. En ello opera como instrumento de selección y distribución de estudiantes, profesores e investigadores,

y de fijación de los supuestos, lineamientos y contenidos de sus actividades. Contribuye a la organización de los controles del saber, en cuanto a su producción y su contenido, a su distribución y a su uso. Realiza una indexación y una legitimación del conocimiento y de sus productores. Todo ello implica un ordenamiento jerárquico de poderes, universitarios y extra-universitarios. La Universidad tiene un papel crucial en la producción y la reproducción de jerarquías cognitivas y sociales, en la estratificación y la movilidad del sistema sociocultural y político.

La Universidad es así instrumento de selección y distribución de los individuos (estudiantes, docentes, investigadores, difusores, profesionales, administradores), hacia posiciones diversificadas de actuación, de efectividad y de logro. Esto se realiza según criterios referidos a capacidades, talentos, méritos y desempeños, y en distintos grados de diferenciación e incluso de contraposición con los procesos y patrones de selección según estructuras de clase y de poder.

En cuarto lugar, este *papel selector y distribuidor* es modelado y calificado por la idea democrática. La Universidad asume la extensión al nivel superior de la reivindicación de la educación universal, gratuita y obligatoria, a la vez derecho de todos, finalidad de la nación, obligación y necesidad del Estado. Es la idea que todos tienen en principio, derecho a la educación universitaria, porque todos tienen derecho a volverse más inteligentes y a lograr el más alto grado posible de desarrollo personal. La educación es percibida además como condición de acceso a formas superiores de empleo, trabajo, ingreso, bienestar, vida útil y productiva; al ascenso social; a las aptitudes para la participación social y política. Con ello las funciones de la Universidad pública articulan, de diferentes modos, la reivindicación democrática y las preocupaciones pragmáticas.

En efecto, en quinto lugar, el acceso a la educación universitaria permite y requiere la participación de la Universidad en el crecimiento y en la modernización, en la industrialización, el avance científico y tecnológico y, eventualmente en el desarrollo integral, y en la adquisición de capacidades nacionales y sectoriales para la integración internacional. Se refuerzan así las demandas de profesionalización, de especialización, de incremento del componente científico y tecnológico, en la docencia y el aprendizaje, en la investigación, la innovación y la cultura.

A la Universidad pública se le pide, y ella cumple en grados variables, funciones, tareas y resultados que un desarrollo integral, hasta hoy frus-

trado, debería haber producido o incorporado como condiciones y componentes. Crecimiento y modernización, eventualmente desarrollo, en cualquiera de esos casos integración bajo las condiciones más favorables que sea posible en la globalización, implican la marcha hacia una sociedad científico-tecnológica o de componentes científicos y tecnológicos. Es decir, una sociedad primordialmente urbano-industrial en la cual se incrementen la inversión, el consumo, la producción, la productividad, la expansión del excedente económico. Ello presupondría y requeriría patrones correspondientes de personalidad, de conducta, de actividad, de trabajo, de vida cotidiana; suscitaría problemas, necesitaría soluciones y prácticas, unos y otros mediados e impregnados por la ciencia y la tecnología.

Crecimiento y modernización, y más aún un posible desarrollo integral, requieren la incorporación de la mayor parte posible de la población a una racionalidad más alta, por y para la disponibilidad y el uso de instrumentos, mecanismos, normas, de tipo cultural-científico, tecnológico; su interiorización por un número creciente de personas, más sensibilizadas, conscientes y orientadas respecto a la ciencia y la tecnología. La Universidad es protagonista central insoslayable en la indispensable creación de un medio ambiente sociocultural que amplíe e intensifique la creatividad cultural, científica y tecnológica y la incorporación de actores, estructuras y procesos a los mejores patrones y prácticas de la civilización contemporánea que se van perfilando en el horizonte histórico.

Más específicamente, crecimiento y modernización necesitan ineludiblemente, y en grados variables pero aún insuficientes, suscitar la profesionalización, la especialización, la tecnificación, la difusión de la ciencia; el aumento de ocupaciones con más preparación científica o más condicionadas por patrones científicos y técnicos; la disponibilidad de conocimientos sistematizados para la enseñanza, el aprendizaje, y el ejercicio, de las profesiones.

En sexto y último lugar, pero no menos importante, la Universidad es llevada —a sabiendas o no, de buen o de mal grado— a cumplir funciones políticas. El ideal educativo con el cual se identifica no puede significar enclaustramiento, neutralidad o indiferencia ante los problemas de la sociedad y de la política. No puede renunciar a su poder espiritual, a sus funciones de investigación, de crítica, de formación y de proposición. Tiene además un papel de gratificadora de las aspiraciones de un número creciente de personas y grupos, al mejoramiento económico,

al ascenso social y cultural, a la participación política, en términos de realizaciones y logros personales y de grupo y de la sociedad nacional. Estas aspiraciones apuntan también al logro de más inteligencia e información, y de mayor capacidad para el otorgamiento (o el retiro) autónomo, racional y crítico, de legitimidad y consenso respecto al orden social y político.

La creciente importancia de la Universidad contribuye a volverla campo y objeto de competencia social y política, arena y botín, para elites y contra-elites, y para distintos grupos significativos, en relación con el control y uso de recursos y posibilidades. La Universidad se convierte en sede de fenómenos políticos, de aprendizaje para la acción y para el logro y ejercicio de poderes de índole política. Se ve además obligada a dar diferentes respuestas (negativas, positivas, alternativas) a la politización de la sociedad y de sus principales grupos. Sociedad, grupos, instituciones, plantean problemas a la Universidad, le ofrecen y tratan de imponerle soluciones, le dan y le piden conocimientos, críticas, ideologías, opciones (académicas, ideológicas, políticas).

La Universidad Nacional ha evidenciado largo tiempo su capacidad para los avances y los logros, para la satisfacción de la variedad de demandas. Polo central y eje articulador del sistema de educación superior, ella se ha vuelto institución fundamental en la sociedad y en el Estado. Ha tomado a su cargo la formación de profesionales y especialistas con vocaciones a realizar en la docencia, la investigación, la innovación, la cultura, la empresa pública y la privada. Un cierto predominio de la educación formal para producir una masa de profesionales, ha ido acompañado por el desarrollo de una considerable infraestructura y una intensa actividad, en la investigación científica y la innovación tecnológica; de centros de excelencia académica; de procesos y logros de incorporación y adaptación, pero también de creación interna, de conocimientos científicos y tecnologías avanzadas. La Universidad Nacional asume funciones de creación, reproducción ampliada y difusión de la cultura nacional, de su historia e idioma, su arte y literatura; y focos y acervos correspondientes (laboratorios, editoriales, bibliotecas, hemerotecas, archivos, museos órganos de difusión y debate).

La Universidad Nacional ha tratado de garantizar el pluralismo en cuanto a ideologías, tendencias, opciones, y en cuanto a la indispensable libertad de cátedra, de investigación y creación. Su potencial de pensamiento

crítico se ha desplegado en la investigación y análisis de la realidad, los diagnósticos de sus problemas, la propuesta de opciones y caminos de solución. La capacidad crítica, creativa y de oferta de proposiciones se ha aplicado en y para sí misma, pero al mismo tiempo también en relación con la economía, la sociedad, el sistema político y el Estado, el espacio latinoamericano y el orden internacional.

La Universidad Nacional ha cumplido en todo ello funciones y tareas que las instituciones privadas no han querido o no han podido cumplir (por ejemplo en materia de investigación científica, innovación tecnológica y creación cultural); ha formado recursos humanos para aquéllas, para la vida política y para el Estado. La casi totalidad de la investigación científica y parte considerable de la innovación tecnológica siguen estando a cargo del Estado y el sector público y, dentro de ellos, en considerable medida, de la Universidad Nacional.

La Universidad Nacional, finalmente, ha hecho y hace contribuciones a las posibilidades y realizaciones de movilidad y cambio sociales y de democratización política.

Presionada la Universidad Nacional por demandas múltiples y contradictorias, sus notables realizaciones se entrelazan con las limitaciones y desajustes que alimentan y configuran su crisis. Tales limitaciones provienen del sistema educativo general, y de sus entrelazamientos con tendencias restrictivas y deformantes en la cultura, la economía, la sociedad y la política; su hostilidad hacia una cultura y una ciencia autónomas y creativas, y hacia una Universidad Nacional potencial o efectivamente capaz de protagonismo en estas y otras dimensiones.

La Universidad encuentra dificultades en el diseño y aplicación de un proyecto académico propio, que redefina su naturaleza y sus funciones, sus fines y sus medios, y que se articule de modo congruente e interactivo con lo que intenta o resulta ser proyecto histórico de desarrollo nacional. Esta insuficiencia se manifiesta o se proyecta en la inadecuación de ciertas formas o aspectos del gobierno y administración, de la dirección y planeación de la institución académica; en la disociación entre actividades universitarias, y entre estas y grandes tendencias, problemas y actividades de la ciencia y la cultura, de la economía y la sociedad, de la política y el Estado.

La proliferación acumulativa de demandas contradictorias a la vez expresa y reproduce la masificación de estudiantes, profesores, adminis-

tradores y trabajadores administrativos, y en retracción se ve reforzada por ella. Crecimiento demográfico y económico, modernización, alza de los niveles de aspiración, procesos de democratización, tendencias al igualitarismo, confluyen en forzar la apertura de la Universidad a las capas urbanas y medias. La Universidad pública es vista como canal de supervivencia y ascenso para grupos considerables que esperan satisfacciones en el empleo, la carrera, el ingreso, el consumo, el rango, la participación en el poder. Estas satisfacciones no parecen prometidas ni garantizadas en los otros aspectos y niveles de la sociedad y de la *praxis* individual y social. Una presión irresistible en favor de la educación universal y del ingreso irrestricto a la Universidad encuentra aquiescencia o favor en un Estado que no puede ignorar esta demanda, y que asume una conexión entre educación, por una parte, y prosperidad, poder o prestigio nacionales por la otra. Se prefiere o acepta una educación superior con insuficiencias e inadecuaciones, respecto a otra de mayor calidad pero menos disponible; el aumento espectacular del número de estudiantes y de las dimensiones de las instituciones educacionales. Fracasan los diques de contención que se intenta erigir.

Las limitaciones impuestas por las fuerzas y estructuras tradicionales, la desaceleración o la regresión del crecimiento, la reducción de las funciones y papeles del Estado, el viraje general en favor de la desestatización y la privatización, no son compensadas por la inadecuación, las insuficiencias y los inconvenientes de un mercado al que se erige en actor fundamental de regulación y arbitraje. Las crisis nacionales e internacionales convergen y se entrelazan para mermar las posibilidades de ingreso, de formación satisfactoria, y luego las oportunidades posteriores a la graduación. La revelación de la contradicción entre demandas crecientes de educación superior y recursos menguantes para satisfacerlas, el consiguiente desvanecimiento de esperanzas de ascenso mediante el estudio y la profesionalización, crean o refuerzan fenómenos y tendencias de conflictividad en el seno de la Universidad. Surge y crece la categoría del *lumpen intelectual* o *lumpen profesional*, compuesta por aquellos a quienes se les da, la ilusión sobre todo, y poco o nada la realidad, de una formación y de una carrera académico-profesional, y del derecho por capacidad y *status* profesionales, al empleo, el ingreso, el rango, el consumo, la realización personal y la participación social y política.

Masificación, pauperización, *lumpenización* intelectual y profesional, adquieren una dimensión política, como crítica o rechazo al modelo socio-económico-político prevaleciente. Por una parte y positivamente, la Universidad Nacional se convierte —aunque en grado y con intensidad insuficientes— en centro de examen y debate de los problemas nacionales e internacionales; de producción y confrontación de ideas, valores, formas alternativas de desarrollo, crítica e impugnación, agitación ideológica y organización política.

Por otra parte, y negativamente, la Universidad de masas, turbulenta y conflictiva, y en todo caso problemática, es objeto de interferencias, manipulaciones e instrumentaciones; de luchas entre elites y contra-elites intelectual-políticas que, en función de sus particulares intereses y fines, manipulan de diferentes maneras a las bases universitarias como objetos-víctimas. La Universidad se convierte en arena y botín de forcejeos y combates, por el valor político que adquiere, incluso su conversión en plataforma de lanzamiento hacia la carrera política nacional.

La hiperpolitización se corresponde y entrelaza con fenómenos de super-ideologización. Una y otra implican formas de alienación de la Universidad, de su auto-mistificación y de su mistificación por otros. Lo universitario corre el peligro de subsumirse, de modo artificial, en la política y la ideología, en subordinación a ellas. Se multiplican las fuerzas y tendencias de diverso signo que, en sí mismas y en sus contenidos y acciones, en sus conflictos y en sus convergencias, por sus capacidades de proliferación e impregnación, resultan desfavorables a la cultura y la ciencia, a la autonomía y creatividad de la Universidad. Las ideologías prevalecientes comparten grados variables de irracionalidad y regresión.

Así, de manera simplificada, en un extremo de un escenario que tiende a la polarización, actores y formas del elitismo y el burocratismo, se caracterizan por la rigidez, la inadaptabilidad, el seudo-enclaustramiento y la seudo-neutralidad. Su ideología cientificista y tecno-burocrática, expresa y promueve el sometimiento pasivo al contexto socioeconómico y político dado como un parámetro inmodificable; a un único camino de crecimiento; al aparato productivo tal como ha resultado de la industrialización sustitutiva primero y para la exportación luego; a las coacciones de la transnacionalización, la globalización y la Nueva División Mundial del Trabajo; a la modernización por enclaves aislados y en extroversión creciente.

Desde este polo, parece privilegiarse la formación de recursos humanos especializados de acuerdo a las señales y coacciones estimulantes o disuasivas que provienen de los centros desarrollados mundiales, para la importación, la imitación, la adaptación pasiva, de los productos culturales, científicos y tecnológicos que provienen de aquellos; la postergación o la renuncia de los prerequisites y los objetivos de la creatividad cultural y la investigación y la innovación autónomas.

En el polo opuesto, variedades del nacional-populismo, de la izquierda autoritaria y dogmática, y de las hibridaciones entre uno y otra, despliegan actitudes y prácticas ideológicas y políticas que se caracterizan por la irracionalidad, la destructividad y el carácter regresivo. Se postula la posibilidad y la conveniencia de comenzar lo que de modo más o menos confuso o ambiguo se define como la Revolución en la Universidad para proyectarla luego a la sociedad. Se despliegan actitudes y prácticas pretendidamente reformistas o revolucionarias, de tipo simbólico y escapista. Se intenta la crítica incondicional y el ataque sistemático a un Estado del cual se reclama simultáneamente la autonomía y el financiamiento de la Universidad, cultura y universidad son visualizadas como negativas, parte del sistema a transformar o destruir. A los intelectuales se los percibe e imputa como apriorísticamente afectados por un pecado de origen como tales, a redimir por determinadas variedades de politización y la sumisión a grupos y aparatos político-ideológicos (internos y externos). Una enorme masa de energía (física, emocional, intelectual, política) se disipa en actividades internas a la Universidad, en parte ilusorias y en parte mistificados en gran medida destructivas y autodestructivas.

Intereses (legítimos o inconfesables), demandas insatisfechas, conflictos de difícil o imposible solución al nivel de la Universidad Nacional, por provenir sobre todo de la sociedad y del sistema político, penetran la Universidad, la cargan con tensiones y conflictos de todo tipo. A su vez la Universidad Nacional las incorpora e incrementa en sus grupos, estructuras y procesos internos. Intereses y políticas exteriores a la Universidad se infiltran —abierta o clandestinamente— en el debate y la solución de sus problemas específicos, y en el desenlace de sus conflictos.

Los enfrentamientos ideológicos y políticos con frecuencia expresan, de modo más o menos enmascarado o refractado, las luchas por feudos, mandarinatos y caciquismos, y sus manejos de clientelas. Elites y contra-elites, camarillas y facciones, no desdeñan el recurso al canibalismo

académico; al terrorismo ideológico; a las prácticas autoritarias, intolerantes e inquisitoriales. Diferencias y disidencias son vistas y tratadas como enemigos y peligros. La violencia (represiva o disidente, física o simbólica), es mitificada y privilegiada como método de manejo de problemas y conflictos. Diferentes instrumentos y mecanismos son utilizados para la lucha por posiciones escasas y recursos insuficientes, para el logro de bases, alianzas, clientelas, fuerza política.

Hiperpolitización, super-ideologización, radicalización, generan o refuerzan una polarización falsa que termina por volverse real, entre las propuestas de Universidad elitista, y adaptativa, por una parte, y Universidad-pueblo, militante, revolucionaria en sí misma y base para la revolución fuera de ella, por la otra. Las fuerzas constitutivas de ambos polos y sus acciones llevan a consecuencias negativas y destructivas. Crean obstáculos a la libertad de cátedra e investigación, a la práctica de la razón y de la duda metódica, y contribuyen a la irregular y desnivelada calidad de lo que se hace. La Universidad pierde una parte de su autoridad espiritual y cultural que es, en última instancia, su único o principal peso político, y la mejor garantía de su autonomía

A las tendencias destructivas dentro de la Universidad pública corresponde la manipulación desde el entorno, a partir y a través de los problemas, conflictos y situaciones críticas, y manifestada en diversas formas y tendencias.

Las crisis y condiciones macroeconómicas adversas, dentro y fuera del país, unidas a la intensificación de la competencia por recursos públicos cada vez más insuficientes entre clases, grupos, sectores, funciones y objetivos, convergen en la intensificación y aceleración de la falta de financiamiento, del deterioro de los ingresos de docentes e investigadores y de los recursos para servicios educativos, de investigación e innovación, y de difusión. La consiguiente desmoralización y apatía en la Universidad pública co-produce y realimenta la fuga interna de cerebros (hacia la Universidad privada, el sector público, la empresa), y la fuga externa.

La crítica de los aspectos de deterioro en la imagen de la Universidad pública combina elementos en parte reales y demostrables, en parte proyecciones de sesgos e intereses particularistas y altamente penetrados de ideología, y de intenciones de manipulación. Se niega lo positivo, se amplifica y mistifica lo negativo que, en todo caso y en mayor o menor

grado, es o puede ser superable. Todo ello no deja sin embargo de impactar en sectores involucrados de modo directo o indirecto en los problemas de la educación universitaria, en la opinión pública, en tomadores de decisiones en el Estado y en la sociedad civil. La crítica con frecuencia desinformada y sesgada, la desconfianza y el escepticismo, sirven para justificar el retaceo o negación de recursos y posibilidades, y la opción en favor de otras alternativas. Se desemboca así en una profecía autorealizada: la crítica sirve para justificar restricciones y efectos negativos que a su vez alimentan las insuficiencias y deterioros que se señala y, en una segunda vuelta de tuerca, vuelven a ser usados contra la Universidad.

En la Universidad Nacional y otras instituciones públicas de educación superior, sus situaciones, problemas y conflictos parecen entrar en contradicción con tendencias y finalidades del neo-capitalismo tardío; del conservadurismo modernizante y su reformulación recientemente actualizada como neoliberalismo; de la integración en el proyecto y el proceso de globalización, con todos sus requerimientos y coacciones; de las variedades de autoritarismo político que todo ello demanda o suscita. Estrategias y políticas al respecto parecen actuar en varios niveles interrelacionados.

En primer lugar, la formación de los dirigentes altos y de los cuadros medios, y una parte significativa de las tareas de elaboración cultural-ideológica, —pero no la investigación científica y la innovación tecnológica—, son en mayor o menor grado transferidas a instituciones elitistas de (pretendido o real) alto nivel. Es el caso de universidades privadas, centros de posgrado y especialización, ubicados en el país; todos ellos con nexos estrechos con centros ubicados en los países altamente desarrollados. A estas instituciones nacionales se les otorga un tratamiento preferencial, en términos de: reclutamiento selectivo; asignación de considerables recursos de diverso origen (privado y público, internos y externos); altas remuneraciones; infraestructura adecuada; conexiones con centros de poder del Estado y las empresas privadas del país y del extranjero; prestigio y *status* para los propios entes y para sus profesores y egresados; garantía y probabilidad de acceso a funciones y cargos importantes, en buenas condiciones ocupacionales.

En segundo lugar, se dan intentos de imponer a ciertos sectores de las Universidades públicas pautas y finalidades de la Universidad y la empresa privadas, bajo la égida del mercado, para adaptar sus actividades

y productos a intereses y exigencias de tipo particularista. A este respecto, se propone y se trata de imponer la importación y la copia, con diferentes grados de adaptación, de modelos externos.

Ella se manifiesta e instrumenta a partir y a través de: proyectos de aplicación en la Universidad pública; de propuestas de patrones de eficacia, eficiencia, productividad, correspondientes a los que se tiene en cuenta y aplica en el sistema de producción y de distribución, en la empresa privada y el mercado, y en la competencia a las escalas de la economía nacional y sobre todo la global.

En tercer lugar, el retaceo y la entrega más o menos condicionada de los recursos siempre insuficientes para la Universidad pública, parecería apuntar a la aceptación y el fomento de su deterioro en condiciones y resultados; de las campañas de descrédito; de la conversión del *campus* en una especie de *ghetto* social y político; de la conveniencia o necesidad de su más o menos lento o rápido desplazamiento y extinción.

Las repercusiones de la crisis de la sociedad y el sistema político sobre la Universidad se interiorizan en ella; se amplifican y despliegan en su seno; dan lugar a manifestaciones específicas con realidad y dinámica propias, que a su vez vuelven a actuar sobre la sociedad y el sistema político.

El crecimiento y la masificación de la Universidad pública se refleja en el aumento de sus responsabilidades, de su capacidad instalada y del costo y gasto por alumno, que se contradicen cada vez más con una creciente insuficiencia de recursos. Éstos provienen de un presupuesto usualmente otorgado según criterios a veces inadecuados, proveedor de recursos no siempre usados de manera racional y eficiente. Por impacto del crecimiento inadecuado y las sucesivas crisis, los recursos presupuestarios disminuyen en términos reales, y vuelven por ende insuficiente la capacidad instalada frente a la demanda acumulativa de ingresos y servicios que tiende a ser desatendida.

De manera general, la Universidad Nacional sufre las consecuencias de las inadecuaciones evidenciadas en las estrategias y políticas educacionales del Estado y los sucesivos gobiernos. Ellas han tendido a dar prioridad a clases, grupos y regiones en posición más o menos privilegiada, en detrimento de mayorías nacionales con necesidades y carencias e índices dramáticos de baja o nula y en todo caso inadecuada escolaridad (indígenas, campesinos, marginales del campo y la ciudad, asalariados,

y dentro de ellos mujeres y niños, y luego y cada vez más también las clases medias). La insuficiente cobertura (en términos tanto cuantitativos como cualitativos) de las necesidades de educación de estos sectores, a través de los sucesivos niveles (pre-escolares, primarios, secundarios), se van acumulando y repercutiendo de nivel en nivel hasta llegar a la educación superior.

El flujo masivo de estudiantes que provienen de niveles educativos previos en continuo deterioro se manifiesta, primero, en un promedio de baja calificación de aquellos, y luego en la saturación de carreras, la deserción escolar, los porcentajes decrecientes en la cobertura de créditos y en la titulación de pre-grado, maestría y doctorado. Un amplio abanico de presiones (formales e informales) se ejerce para la ampliación de matriculas y de disponibilidades de personal y servicios; para el abatimiento de las exigencias académicas, en el ingreso y durante las carreras, y en cuanto a los estudiantes, docentes e investigadores.

El gobierno y la administración de la Universidad no siempre han estado exentos de rasgos elitistas y oligárquicos, con mecanismos, instrumentos y procesos de cacicazgo, clientelismo y cooptación, aunque en coexistencia con otros elementos y rasgos que reflejan avances reales en el proceso de democratización.

El Estado ha garantizado la existencia, la continuidad y la autonomía de la Universidad. Ha regulado, sin embargo, su organización y funcionamiento, mediante el financiamiento público y la disponibilidad presupuestaria, diversas formas de injerencia y de control directo e indirecto, la reglamentación de los grados académicos y del ejercicio de las profesiones, el recurso a la cooptación y la apertura de posibilidades de carrera política y funciones públicas. Las fuerzas y estructuras de poder, públicas y privadas han contribuido a reducir la capacidad de la Universidad para adaptarse a los cambios y promoverlos; para la creación y la innovación; para el enfrentamiento y la superación de problemas, conflictos y crisis; para el propio progreso y para su contribución al desarrollo nacional.

Ello se ha manifestado en las situaciones de acumulación de necesidades, demandas, tareas y responsabilidades; de sub-gobierno e infraadministración, en condiciones de sobrepoblación de la Universidad y de escasez de recursos; de agobio de trabajo para autoridades, docentes, investigadores y trabajadores; de disminución del rendimiento y la creatividad. El descontento y la protesta ante el deterioro de las capacidades

y logros de la Universidad Nacional, la exigencia de modificaciones que lo contrarresten, realimentan la explosión de necesidades y demandas que es parte crucial de la crisis.

En reacción a la crisis de la Universidad Nacional, se ha tendido ante todo a la expansión de su aparato, de su personal, poderes y funciones. El personal y el aparato administrativo tienden a crecer y centralizarse; acumulan poderes, ventajas y mecanismos de auto-expansión y auto-refuerzo. De medios tienden a convertirse en fines. Logran apoyos de grupos de interés, dentro y fuera de la Universidad Nacional. Contribuyen a generar o a reforzar polos de poder, feudos, mandarinatos, patronazgos y clientelas, corporativismos, situaciones consagradas, atrincheramiento de intereses creados. Ello encuentra justificaciones ideológicas en diferentes discursos. Así, por una parte, un discurso que identifica los altos valores y objetivos de la Universidad Nacional con la conservación más o menos intacta o actualizada de las formas tradicionales de la academia y de la sociedad y el sistema político. O bien, por otra parte, el discurso sobre la igualdad de oportunidades, la justicia social, la libertad intelectual y política, el sindicalismo, la Universidad-pueblo o la Universidad-revolución; la prioridad a la educación de masas que se identifica con una apertura general e indiscriminada de la educación superior virtualmente a todo el mundo, con aceptación del riesgo de una baja generalizada de los niveles de exigencia y logro.

La reducción de los niveles de compromiso, de exigencia y productividad afectan cada vez más a un número creciente de estudiantes, profesores, investigadores y profesionales. Son desdeñados o postergados los intereses, fines y exigencias de tipo académico, científico-tecnológico, cultural, social y nacional. Se reducen los estímulos para la realización de vocaciones, la capacitación, la superación, la emulación, la competencia, el logro y uso de más y mejores aptitudes y conocimientos, el servicio a la sociedad. La selección a la inversa lleva, por una parte, al desaprovechamiento y a la pérdida de buenos estudiantes, docentes, investigadores y tecnólogos y, por la otra, al privilegio de las actitudes y prácticas de irresponsabilidad, mínimo esfuerzo, aventurerismo, particularismo, corrupción.

A la preparación insuficiente en todos los sectores se agrega la caída del sentido de responsabilidad, del deber de cumplimiento, del amor al trabajo bien hecho, de la productividad y la calidad de los productos,

así como la disociación entre enseñanza, investigación e innovación, y difusión. Una parte de los buenos académicos se pierde, por su éxodo interior al gobierno y el sector público, y al sector privado; y por su éxodo exterior hacia centros extranjeros y organismos internacionales.

En lo que a la fuga de cerebros respecta, el sistema educativo en su conjunto, y sobre todo la Universidad Nacional, forma lenta y dificultosamente una elite de profesionales y especialistas, de científicos y tecnólogos, de alto nivel, reclutados sobre todo en los sectores urbanos de las clases medias. Al mismo tiempo, la estructura de la sociedad mexicana (y latinoamericana) condiciona una demanda escasa de ciencia y tecnología y una baja percepción de su necesidad para el país; la relativa precariedad y la mayor o menor insuficiencia de las instituciones de investigación e innovación, de formalización y realización de políticas y planes. Es por consiguiente débil la influencia local en la orientación de la ciencia y la tecnología, condicionada y hasta determinada por los grandes intereses y objetivos, generales y sectoriales, de las academias y de las corporaciones y estados de los países desarrollados a los que están asociados los esfuerzos científicos que se realizan en ellos.

Las prioridades, patrones y modalidades de la ciencia y la tecnología son fijadas, exclusivamente, en los países altamente desarrollados, y reflejan intereses socioeconómicos, políticos y académicos actuantes e influyentes en su seno. Los dirigentes y principales miembros de la comunidad científica del mundo desarrollado que la controlan y orientan, contribuyen decisivamente a modelar a muchos de sus colegas de México y América Latina según sus intereses, patrones y modas, y según las situaciones y necesidades de las metrópolis. Les impone prioridades en cuanto a orientaciones, temáticas y actividades, con frecuencia alejadas de las propias realidades nacionales, una escala de valores, criterios de evaluación y mecanismos de distribución de *status* y prestigios. Tienen lugar así situaciones y tendencias significativas de emigración interior. Los investigadores de México (y América Latina) son inducidos a seguir los patrones y modas del mundo desarrollado, y a incorporarse a los programas internacionales. La investigación directamente relevante a necesidades socioeconómicas y científicas de países en desarrollo tiende a parecer sin interés ni calidad. Adquiere importancia una actitud imitativa, a la vez efecto y causa de una falta de confianza en las propias capacidades y posibilidades y en las del propio país para pensar y realizar

estrategias y políticas, movilizar recursos y darles uso adecuado, avanzar en la dirección de una investigación-desarrollo autónoma. El resultado es un trabajo científico que, además de subfinanciado y suborganizado, resulta con frecuencia de poco interés o relevancia en cuanto a las características y exigencias de la economía y la sociedad en que se cumple, y además, en cuanto a la contribución a la mayor y mejor capacidad de respuesta a los múltiples retos planteados por las crisis y políticas de ajuste.

Esta situación estructural contribuye a favorecer una fuga interna de cerebros, que se agrega a la fuga externa. Por las razones indicadas, los científicos y tecnólogos resultan menos aptos para articularse a las condiciones y posibilidades actuales en el país que a las de los países avanzados. Están por lo tanto más expuestos a los atractivos estímulos (materiales, psicológicos, culturales y profesionales) de los países centrales. En México (y América Latina) la producción de profesionales y especialistas universitarios crece a una tasa mayor que la del crecimiento económico. Las instituciones socioeconómicas, políticas y científicas encuentran graves dificultades para absorber y utilizar aquellos. Mientras los gobiernos de México y de los países latinoamericanos en general han ido renunciando de hecho a movilizar internamente y en un grado significativo esta reserva humana altamente calificada que ha formado a sus expensas, el mercado profesional de los países avanzados ha tenido,—por lo menos hasta hace poco— una alta demanda a cubrir, con personal nacional pero también con el proveniente de países menos desarrollados, y ofrece contextos más adecuados y una gama de atractivos. De esta manera, estos recursos valiosos y escasos, constituidos por la intelectualidad científico-tecnológica, son transferidos hacia las metrópolis desarrolladas y en su beneficio, en detrimento de sus propias necesidades y posibilidades de desarrollo autónomo.

Finalmente, en la fase reciente y actual, la tendencia a privilegiar el mercado y el sector privado para un camino de crecimiento subordinado a la globalización en marcha, no sólo alimenta la fuga de cerebros, “el inevitable desplazamiento del capital humano hacia las áreas donde el capital financiero se concentra”, sino que contribuye a la modificación de la perspectiva y valoración al respecto. Hasta hace aproximadamente dos décadas, la fuga de cerebros era criticada y rechazada, por implicar una pérdida de recursos humanos calificados, necesarios para un desarrollo independiente como función de la construcción de la nación. En el con-

texto del crecimiento subordinado al mercado y a la participación en la integración económica internacional, lejos de considerarse como un acto de traición a los objetivos de la construcción de la nación, la movilidad de cerebros adopta nuevas connotaciones que derivan de la ideología mercantil. La iniciativa individual se impone sobre la responsabilidad colectiva. La movilidad no se considera como una pérdida, sino como una forma de participación de algunos ciudadanos de la nación en la economía global. Se toman en cuenta también las ventajas indirectas, el dinero enviado a casa por los que trabajan en el extranjero. Finalmente, se tiene la esperanza que a mediano plazo el hijo pródigo regrese y traiga consigo las habilidades y técnicas adquiridas en el exterior.

La insuficiencia permanente, no superada y agravada por el incremento y acumulación de demandas, y por el descenso de apoyos —económicos, socioculturales, políticos—, de recursos, niveles y logros, afectan las posibilidades de contribución de la Universidad Nacional a la satisfacción de necesidades prioritarias de ella misma, del país y del Estado, y al enfrentamiento exitoso y superación real de la crisis del desarrollo nacional.

El proyecto de Universidad se vuelve insuficiente o problemático, en sí mismo y en sus interrelaciones con un actual o un posible proyecto nacional de desarrollo, también crecientemente problemático y también cuestionado en sus supuestos, contenidos y resultados. Ello incide en la planeación, organización y funcionamiento de la Universidad Nacional, y en sus principales niveles, aspectos, actividades y logros.

Ante los impactos combinados de la frustración y del agotamiento del proyecto de crecimiento cuantitativo y modernización superficial y de inserción subordinada a la globalización económico-política en marcha, de la Tercera Revolución y de la Nueva División Mundial del Trabajo, el desafío para el Estado y la nación, y para la Universidad Nacional, gira alrededor de la capacidad o incapacidad de decisión autónoma sobre los modos de generación y uso de los recursos nacionales, en que sectores, con prioridad en favor de cuáles investigaciones e innovaciones para la producción de cuáles recursos humanos. Ello resulta indispensable para la definición del perfil, la ubicación y el papel de México y de la Universidad Nacional en un siglo XXI que ya ha llegado hace tiempo.